

¿Se puede separar la obra del autor? Censura, cancelación y derecho al error

Giséle Sapiro / Editorial Capital Intelectual

Vera Palmeri
Julio 2023

Giséle Sapiro es licenciada en Filosofía y en Literatura Comparada. Es también doctora en Sociología. El libro que comentaremos está dividido en seis capítulos donde la autora analiza a través de distintos escritores, cineastas, dramaturgos, filósofos, pintores y músicos las diferentes temáticas que van dando cuerpo a su pregunta.

Para ello se apoya en las posiciones tomadas públicamente por los intelectuales - “el campo intelectual” como lo denomina su maestro Pierre Bourdieu- los artistas, los intermediarios culturales y los críticos en las discusiones informales, se sirve de los análisis de las obras a debate, junto con el recorrido de sus propias investigaciones relativas al compromiso político de los escritores y las relaciones entre la literatura y la moral. Respecto de este punto, entre el autor y la obra ,manifiesta tener una posición intermedia: “...sin negar las relaciones entre la moral del autor y la moral de la obra, sugiero que las obras sean juzgadas de manera relativamente autónoma de acuerdo con los criterios específicos de cada campo de producción cultural, siempre y cuando no comporten ni una incitación al odio contra ciertas personas o grupos, a causa de sus orígenes, género, preferencias sexuales, ni una incitación a la violencia física o simbólica “. A raíz de ello se pregunta por la cultura de la censura, la cancelación y el derecho al error.

En la primera parte se propone examinar las formas de identificación entre el autor y la obra tomando el análisis que hace Foucault de la noción de autor, el nombre propio y el trípode: *metonimia - semejanza - causalidad interna*. A partir de estos conceptos hará su propio análisis ya que considera que estas relaciones implican un nexo íntimo entre la moral del autor y la moral de la obra que al mismo tiempo interrogan.

En el segundo apartado, “Autores escandalosos”, toma algunos nombres como el de Roman Polanski, Peter Handke y figuras consagradas como Heidegger, Gauguin o Nolde a partir de los cuales se suscitan los interrogantes “¿hay que censurar como personas a los autores a causa de su conducta?” “¿debe reevaluarse el canon?” Diferentes voces del campo cultural como los premio nobel, cinematográficos, así como diferentes movimientos feministas opinan respecto de ello a lo largo del trabajo de Sapiro. Hinde Pomenariéc, en el prólogo, refiere que Sapiro propone

“reflexiones alejadas del bombardeo sistemático de linchamientos arbitrarios y de acciones que, con el argumento de la defensa de la libertad de expresión de las minorías, terminan abonando el camino de la censura”. Pero Sapiro también dice, que la moral de la época determina la censura y que por eso varía a lo largo del tiempo, al igual que lo hace con la responsabilidad jurídica del escritor.

En relación a la pregunta que plantea, Sapiro responde *que sí y que no*. “Sí porque, como se ha visto, la identificación de la obra con el autor jamás es completa, y porque a este la obra siempre acaba “escapándosele”. Se le escapa, primero, en el proceso mismo de producción: de entrada, porque cualquier proyecto creador está formado por el espacio de posibles y de lo pensable y, después, porque la producción de sentido de una obra es el resultado de un trabajo colectivo que implica a una serie de intermediarios. Se le escapa todavía más en el proceso de recepción, puesto que éste no es pasivo y pasa por formas de apropiación que pueden resultar contradictorias”.

Que la autora plantee que la identificación con la obra jamás es completa y que siempre acaba escapándosele, es de interés para el psicoanálisis. No solo por los intermediarios o receptores que operan sobre ella sino por el espacio del proyecto creador y de lo pensable. La primera impresión es que la intención de la obra es completo atributo del autor pero como Sapiro también dice: “... el poeta en la Antigüedad...habla bajo el efecto de la inspiración de las musas y no reivindica la paternidad de sus discursos...incluso la del narrador que transmite los relatos ancestrales.” Es decir, la obra y su intención no le pertenecen totalmente al autor; este recibe la obra como algo dado. Esta concepción antigua, surge como contrapartida a la apropiación de la obra por su autor...”

Aquí podríamos hacer un contrapunto con el concepto de sublimación para el psicoanálisis.

En la quinta conferencia del año 1909, Freud dice: “...nosotros, los hombres. con las grandes aspiraciones de nuestra civilización y bajo el peso de nuestras íntimas represiones, hallamos la realidad totalmente insatisfactoria, y mantenemos, por tanto, una vida imaginativa, en la cual gustamos de compensar los defectos de la realidad por medio de la producción de realizaciones de deseos [...] cuando la persona enemistada con el mundo real posee aquello que llamamos *dotes artísticas* [...] puede transformar sus fantasías no en síntomas, sino en creaciones artísticas, escapar así a la neurosis y volver a encontrar por este camino indirecto la relación con la realidad”. Freud plantea que el sujeto no pierde la energía de sus deseos infantiles sino que los conduce hacia un fin más elevado que el, que puede carecer de todo carácter sexual directo. La sublimación se convierte entonces en la capacidad de cambiar un fin sexual por otro más lejano y de un mayor valor social. “A las aportaciones de energía conseguidas de este modo para nuestras funciones

anímicas debemos probablemente los más grandes éxitos civilizados [...] aunque siguen psíquicamente ligadas”.

¿Qué ocurre con la obra? Para Lacan la búsqueda del objeto se efectúa bajo el dominio del principio del placer, por vía significante. La búsqueda de la Cosa (das Ding) está más allá del principio del placer por su lugar y función. Entre el objeto estructurado por el lado narcisista (idealización) y das Ding hay una diferencia y justamente allí hay un espacio donde se sitúa el problema de la sublimación, tal cual señala en el Seminario de la Ética. El objeto es elevado a la dignidad de la Cosa.

Habría una doble vertiente respecto de un autor y su obra, por un lado lo que muestra como producto cultural que tendría que ver con la persona del autor. Y por el otro, el sujeto en el recorrido constante de la pulsión que satisface justamente porque falla en obtener lo que busca. La sublimación dirá Germán García : *son maneras de configurar ante el vacío*.

En el *Archivo Virtual del Centro Descartes Germán García*, “La sublimación los textos de Freud”, Germán García escribe: “La *poética* de Aristóteles es el punto de partida de una hipótesis insistente sobre la función del arte y cuyos ecos pueden encontrarse en Freud; el artista hace posible el goce del discurso al producir la participación de los fantasmas en unas leyes estéticas que aseguran el reconocimiento del otro”.

Freud, en “El poeta y la fantasía” de 1907, se pregunta por la actividad creadora del poeta, de dónde extrae sus temas y “... cómo logra conmovernos tan intensamente y despertar en nosotros emociones de las que tal vez no nos creíamos capaces”. Freud advierte que lo curioso es que al interrogar al poeta, él mismo no sepa respondernos o sólo muy insatisfactoriamente, sin que tampoco le preocupe nuestra convicción de que el máximo conocimiento de las condiciones de la elección del tema poético y de la esencia del arte poético no habría contribuido en lo más mínimo a hacernos poetas”.

“A mi juicio, todo el placer estético que el poeta nos procura entraña este carácter de placer preliminar, y el verdadero goce de la obra poética procede de la descarga de tensiones dadas en nuestra alma. Quizás contribuye no poco a este resultado positivo el hecho de que el poeta nos pone en situación de gozar en adelante, sin avergonzarnos ni hacernos reproche alguno, de nuestras fantasías”.

Aquí tal vez se pueda situar el *no*, que plantea Sapiro, ya que plantea que la obra del autor lleva la huella de una visión del mundo...”y de unas posiciones ético-políticas más o menos sublimadas y metamorfoseadas por el trabajo sobre la forma, que es necesario sacar a la luz para entenderla tanto en su sociogénesis como en sus efectos. Que el autor o autora asuma la responsabilidad plena, incluso sobre los efectos que no puede controlar, tanto si quiere como si no: esa es la regla del juego que se debe observar”.

La obra, en tanto producción de un sujeto, revela y oculta a la vez las condiciones de determinación que muchas veces el sujeto ignora.